

Un intelectual en tiempos sombríos

Cuadernos de la Fundación Francisco Ayala, 14

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primera edición: 2022

© Del texto: Javier Krauel Vila

© Del prólogo: Pura Fernández Rodríguez

© Fundación Francisco Ayala / Universidad de Granada

ISBN: 978-84-338-6970-8

Depósito Legal: GR 201-2022

Diseño de la colección: Juan Vida

Fotocomposición e impresión: Imprenta del Arco, Granada

Impreso en España / Printed in Spain

Un intelectual en tiempos sombríos

*Francisco Ayala,
entre la razón y las emociones
(1929-1949)*

Javier Krauel

Prólogo de
Pura Fernández

Fundación Francisco Ayala

Universidad de Granada

2022

Índice

Prólogo, por Pura Fernández	11
Introducción	25
Los intelectuales, entre la razón y las emociones	48
Afectos, vocación y liberalismo	76
El colapso de la República de Weimar	106
Ante la Segunda República. Templanza emocional y legitimidad legal.	152
En el fragor de la guerra. Variaciones sobre la lealtad.	201
Desde el mirador del exilio. Duelo, experiencia y universalismo	276
Conclusión. Hacia un intelectual postsoberano	344
Bibliografía	357
Agradecimientos	381

Para mis padres, Juan Carlos y Cecilia

Luz de la razón y gobierno de las emociones en tiempos sombríos: Francisco Ayala y el sentir de la política

Pura Fernández

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

Aquellos que instituyen la inteligencia como regidora de conductas no tienen fuerza, pues la inteligencia pondera, juzga, mide, mientras que el sentimiento multiplica; pasión y pides más pasión, rabia y pides más rabia, melancolía, y pides más melancolía.

Por ello, el sentimiento puede, por ello la sensación domina, porque está en su naturaleza invadir, acumular, expansionarse [...].

Belén Gopegui, *La conquista del aire* (1998)

La plasticidad y las tonalidades de la voz humana pueden ser la más viva expresión de las emociones contenidas en esa suma indiscernible de cuerpo y mente en que habitamos. Paradójicamente, las palabras articuladas, con su inmediatez e instantánea disolución, constituyen, a la vez, el armazón de la memoria y, por tanto, de su pervivencia como motor posible de otras emociones ajenas. No es otro el origen de este libro de Javier Krauel, *Un intelectual en tiempos sombríos. Francisco Ayala, entre la razón y las emociones (1929-1949)*, una propuesta de disección de la subjetividad ideológica, literaria y política de Francisco Ayala en unas décadas capitales en su biografía y obra. Al mismo tiempo, este volumen plantea un nuevo reto al

entramado teórico que ha presidido los jugosos debates en torno a las emociones, su naturaleza y su función histórica en la cultura occidental. En su nuevo trabajo, Krauel vuelve a desarrollar con habilidad un proyecto de dimensión hermenéutica que logra arrancar la *verdad textual* –en terminología de Sheldon Pollock– de las palabras, repositorios complejos de emociones, a menudo envueltas en sutiles paradojas.

Con el instrumental académico de que proveen la filología, la historia, la filosofía y el ensayo político, el nuevo libro de Javier Krauel, profesor en la Universidad de Colorado Boulder, culmina un proceso de indagación que se retrotrae a los actos conmemorativos del centenario del nacimiento de Francisco Ayala, en 2006. Dos años antes, Krauel realizó una entrevista al escritor granadino –incluida en el volumen VII de las *Obras completas, Confrontaciones y otros escritos* (2014)–, un flujo invisible del que germinó la idea fundacional de *Un intelectual en tiempos sombríos*, como señala el autor en la nota previa: «De alguna manera, el origen del libro está en ese encuentro y en la impresión, vivísima, que me causó el autor». El ensayo previo «El centenario de Francisco Ayala: entre la filología y la alegoría» (2009) anticipaba ya el interés por una biografía intelectual fundada en su incursión en el debate público como representante de una élite cultural de procedencia burguesa y filiación liberal. Así, la lealtad sin fisuras de Ayala a la causa de la Segunda República española, la gestión de la derrota sobrevinida tras la Guerra Civil, su recepción crítica y su interpretación actual, al igual que el efecto monumentalizador o panteonizador derivado de la celebración de 2006, conforman el núcleo impulsor de *Un intelectual en tiempos sombríos*.

El eje analítico propuesto es un acierto en estos tiempos que parecen simbolizar un oxímoron, con sus debates en torno a la memoria y sus usos históricos y la cada vez más extendida *cultura de la amnesia* que, al ritmo de una desbocada comunicación social,

fagocita los límites entre pasado, presente y futuro. Krauel se inspira en esta imagen de Andreas Huyssen para reclamar la memoria como necesario remanso para adquirir la distancia interpretativa que restaure la dimensión temporal e histórica y, con ella, nuestra capacidad crítica. Los hitos que han marcado el devenir de la primera mitad del siglo XX ilustran, por el sistema de *a contrario*, la disolución paulatina de la figura del intelectual, incluso su irrelevancia en los últimos tiempos; en paralelo, se produce la multiplicación y diversificación de los foros públicos y mediáticos con su atropellada vorágine informativa que engulle cualquier intento de reflexión mesurada más allá de los límites inmediatos de referencia. La turbadora realidad del intelectual *menguante*, con el punto de inflexión de la caída del muro de Berlín y el triunfo de la hegemonía neoliberal, justifica el rescate reflexivo de la figura del intelectual como voz de la conciencia del cuerpo social, más ahora en el contexto del populismo actual y el imperio totalitario de las posverdades, tal como lo argumentó Francisco Ayala, especialmente en *Razón del mundo* (1944).

Javier Krauel cita una elocuente respuesta del escritor granadino cuando en enero de 1928 se le dirigía la siguiente cuestión periodística: «¿Siente usted la política?». Sin circunloquios, Ayala afirmaba: «Sí; siento con gran intensidad la política. Como espectáculo, y, sobre todo, como actuación. En términos generales, creo que un intelectual no puede eludir un deber de atención hacia la política –tema–, como hacia ninguna cosa que tenga un sentido y una vitalidad. (De otro modo no será un intelectual, sino un *señorito profesional*)». Estas palabras parecen configurar un pórtico conceptual en una etapa medular en su biografía y justifican el arranque del marco cronológico de estudio, 1929, que culmina a finales de la década de 1940: unos años en los que Krauel fundamenta el paradigma del intelectual racional, cincelado por los embates de los intereses y pasiones que agitaron el mar social de la época.

A partir de la lúcida y nada complaciente lectura de las colaboraciones periodísticas, textos literarios y ensayísticos, Javier Krauel dilucida este trayecto del escritor que *siente con gran intensidad la política* como el resultado de una negociación entre el sistema de la razón y las emociones constitutivas de la experiencia vital. En la ecuación del intelectual que fue Francisco Ayala, con su abierta separación entre la esfera estética y la acción política, Krauel reclama el fundamento emocional como parte indisociable de un escritor asociado siempre con la racionalización occidental. En este camino, la especialización académica de Krauel, autor entre otros trabajos de *Imperial Emotions. Cultural Responses to Myths of Empire in Fin-de-Siècle Spain* (2013), enriquece el debate en torno a las emociones, su inestabilidad ontológica en términos históricos y sus efectos en la vida pública española durante unas décadas que anticipan las corrientes de pensamiento de *Un intelectual en tiempos sombríos*.

Los avances de las neurociencias han marcado de manera irrefutable los métodos y perspectivas de la investigación en las áreas de las humanidades y las ciencias sociales a través de las teorías vinculadas al llamado *giro afectivo*. La visión del ser humano como la integración interrelacionada de cuerpo y cerebro se acompasa con las evidencias científicas que sustentan propuestas de innegable calado teórico como las de Martha Nussbaum, Sarah Ahmed o Eva Illouz, y su abordaje multidisciplinar del componente cognitivo de las emociones, uno de los basamentos del libro de Krauel; asimismo, reclaman la necesidad de avanzar en su conocimiento para erradicar los binarismos que permean habitualmente el sistema de referencias tradicional y sus consiguientes argumentaciones –mente/cuerpo, razón/emoción, pensamiento/lenguaje, individuo/colectividad, mundo/objeto–. Como reconocía el propio Ayala en su texto de inspiración biográfica «Sentimientos y emociones», el sujeto que logra interactuar con sus emociones y reconoce la influencia que en

la soberanía de su agencia tiene su sensibilidad y reactividad afectiva refuerza la potencia de su racionalidad; tal como concluye Krauel, solo así se reconoce la genealogía de las diferentes lógicas que la motivan. En este camino, la instrumentación de base filológica que aplica el autor de este libro revela en su complejidad los procesos argumentativos del propio Ayala en unos años cruciales en su biografía intelectual, años escasamente atendidos por la crítica y ahora desentrañados hábilmente a la luz del valor emocional del lenguaje y de su eficacia comunicativa.

Un intelectual en tiempos sombríos responde a una implícita y clara división en dos bloques temáticos. El primero, compuesto por los dos capítulos iniciales, exhibe el armazón teórico señalado, con un rico análisis en torno a la emergencia de la figura del intelectual en la Europa del momento. El trabajo de Krauel indaga en las implicaciones del proyecto de reformismo democrático burgués de Ayala y en las claves de su conciencia liberal como una vía para reconducir la convulsa situación sociopolítica de la época de entre-guerras, en un contexto de violentas pasiones sociales, auge de los totalitarismos y episodios bélicos de una magnitud desconocida. En este escenario, la contención del nuevo liberalismo ayaliano se erige como fórmula contra la intransigencia, el antagonismo y la beligerancia intensificados por las polarizaciones del fascismo y el marxismo y, al tiempo, como una guía interpretativa de las claves de su conciencia política y sus prácticas de autocontrol personal.

El segundo bloque del libro se centra en las cuatro coyunturas históricas que pusieron a prueba la conciencia afectiva del Ayala liberal y la orientaron en un proceso regulativo que trasladó fundamentalmente a *Razón del mundo*, pero cuya modulación previa se rastrea en colaboraciones y ensayos en la prensa, traducciones de obras de derecho y de sociología política, relatos y poesías de experimentación artística, cartas e incluso un rico aporte archivístico

relacionado con su estancia en la Legación diplomática en Praga para recabar el apoyo de las potencias europeas (1937-1938). Se trata de un corpus plural de referencias esenciales para reconstruir veinte años magmáticos que forjaron al intelectual y al escritor: desde el Ayala espectador en la desintegración de la República de Weimar y la crisis del Estado alemán; pasando por el actor estrechamente implicado en la Segunda República española y en los avatares de la Guerra Civil, hasta el trashumante exiliado en Argentina, con estancias en otros países como Brasil o Estados Unidos. El periodo escogido resulta idóneo porque, como señala Peter Burke en «Is there a Cultural History of the Emotions?» (2005), el reto más ambicioso para el estudio diacrónico de las emociones reside en detectar las variaciones de intensidad y de cambio en épocas diferentes; periodos como los citados son privilegiados para registrar esas fluctuaciones y recategorizaciones emocionales, tanto en el plano individual como en el social, a través de una biografía que trasciende los límites e intereses nacionales, y que por su formación y experiencia está dotada de una mirada de aspiraciones holísticas.

Enmarcados por la estancia de Ayala en Berlín a finales de 1929 y por la experiencia del exilio argentino, los cuatro capítulos de la segunda parte revelan a un testigo de la historia que codifica en sus escritos los rasgos definitorios de su obra posterior. Estos son, a juicio de Krauel, la objetividad, la distancia y la sensibilidad afectiva con los protagonistas colectivos de los avatares históricos. Estos fogonazos temporales exhiben el tránsito del joven Ayala al maduro escritor y profesor universitario del periodo argentino. Si en Berlín empatizó con la angustia y el dolor de los alemanes ante el colapso de la República de Weimar, de regreso a España la prensa fue la forja fundamental para trabajar y propagar esa templanza emocional en la que se establecía la comunidad moral del nuevo modelo de Estado cuya legitimidad defendió sin tregua. No eran otros los pilares de

la modernización vinculada a la República a través, principalmente, de la reforma de las instituciones y la apelación al deber cívico, fundado este en una dimensión ética de la conducta emocional: tal es la panacea que emerge de sus escritos para combatir las pasiones contrarias al orden social y al progreso.

La propuesta analítica de Javier Krauel, desgranada a través de un coherente hilo biográfico que permite exhibir las tensiones y equilibrios en un periodo de radicalización extrema, presenta la experiencia berlinesa como el alimento de esa mirada holística para registrar las fuerzas esencialmente afectivas que, como corrientes internas, atravesaban a la sociedad alemana. En esta atmósfera emocional sitúa Krauel la activación de la conciencia afectiva de Ayala, un rasgo esencial destacado especialmente en las crónicas de *Política* durante 1930 y que matiza el retrato del autor distante e irónico, asociado con el sociólogo y jurista. El desapasionamiento fue el ingrediente esgrimido para navegar entre el creciente miedo, odio y resentimiento con el frágil faro de las palabras, pieza clave para desentrañar la textura emocional de una época. En la ciencia que las estudia, la epistemología filológica, se funda la arquitectura de esta parte del ensayo, donde Krauel interpela a textos de variada estirpe e índole.

La Segunda República española surgió del entusiasmo popular en una atmósfera afectiva jubilosa, y Krauel contextualiza brillantemente la estructura de sentimiento dominante, siguiendo la terminología de Raymond Williams. Así, con la convicción que fundamenta los trabajos de Eva Illouz, parte de la propuesta de que la mayor parte de las estructuras sociales son estructuras emocionales, y en ellas rastrea las dificultades internas y las anomalías en el entorno de una Europa punteada por la tensión social, la violencia y el despliegue fascista que originaron, en España, la transformación afectiva en los debates constitucionales y el modelo territorial de Estado, la

cuestión religiosa y la reforma agraria, punto de arranque del cuestionamiento progresivo de la legitimidad republicana. También, el flujo de esas voces permeadas por el temor secular por las masas y sus reacciones incontrolables, una irracionalidad inescrutable que empapaba, por ejemplo, el discurso receloso en la polémica en torno al voto femenino.

La Guerra Civil, con su pulverización del proyecto político al que Ayala se asoció desde su inicio, conformó un nuevo banco de pruebas para la regulación de la conducta emocional del escritor, ahormada a una lealtad fundada en la fe en las reformas legislativas como modelo urgente de transformación social. En este entorno, Francisco Ayala luchó por la causa republicana en tres grandes ámbitos, como recuerda Krauel: en la depuración de los funcionarios desafectos a la República, en la internacionalización del conflicto armado y en la gestión de la derrota republicana. El decenio siguiente explora la fenomenología afectiva de la política a partir, fundamentalmente, del duelo por las dimensiones alcanzadas por el odio como emoción predominante; frente a sus efectos, Ayala exhibe la ejercitación del *ethos*, la contención y el equilibrio emocional predicados años antes, como ratificación de las palabras de Sarah Ahmed acerca de que el odio surge del contacto entre el individuo que odia y el objeto o sujeto de odio, esto es, de la interacción del individuo y el mundo.

El punto de partida del trabajo de Javier Krauel se sitúa en el desciframiento de esta propuesta a los lectores: la práctica para una correcta socialización de las emociones colectivas. Los escritos de Ayala son un testimonio fundamental para filiar esa virtud cívica de la sensibilidad ilustrada que actuaba en colaboración y equilibrio con la razón para controlar el contagio social de las emociones negativas. Ayala, consciente de una época poseída por las pasiones desbocadas y la sentimentalización de la vida política, surge como el símbolo del intelectual de estirpe ilustrada que dialoga con la situación

presente, hondamente marcada por un avance del discurso hostil al conocimiento científico y al racionalismo, como destaca Krauel en la introducción. Es fácil trazar el paralelismo con el avance de la posverdad que cuestiona la universalidad de la certeza científica en estos tiempos nuestros.

Francisco Ayala, símbolo de una rica bicefalia artístico-académica, suma cómplice del hombre de acción, del ensayista y del autor de ficciones narrativas, se alimentó de la confluencia entre los discursos científico y artístico de las primeras décadas del XX y de los nuevos lenguajes expresivos de un mundo en intensa transformación cultural y política. En una sociedad polarizada ideológicamente, el discurso civil de apoyo a la ciencia –en palabras de Thomas F. Glick, en *Einstein y los españoles. Ciencia y sociedad en la España de Entreguerras* (2005)– fue una consigna generalizada entre las élites intelectuales como motor general de modernización y europeización, sobre todo en la tertulia de Ortega y Gasset, un foro de debate de novedades como la nueva física o la psiquiatría freudiana y emblema de un liderazgo reclamado por los jóvenes intelectuales.

La prensa fue el escenario en el que, en la década de los treinta, algunos intelectuales liberales como Josep Maria de Sagarra, Manuel Chaves Nogales o Francisco Ayala, comprometidos con las reformas republicanas, fomentaron pautas emocionales para temprar e incluso controlar la conducta de sus lectores; para afianzar, en definitiva, la legitimidad legal y racional de la Segunda República, esfuerzos a los que Krauel ha dedicado estudios previos. En la línea argumental trazada por Max Weber, la atribución de legitimidad racional-legal a un orden político implicaba una contención de los afectos, mientras el establecimiento de un nuevo orden carismático suponía una movilización de las pasiones, el uso práctico de la dimensión afectiva de las ideas políticas, una realidad subyacente a cualquier forma de comunicación ideológica ampliamente analizado en la

teoría política contemporánea. La prensa de la época es un magnífico muestrario para radiografiar estos intentos que fracasaron ante la acción de otras voces en ambos lados del espectro político; unas voces que lograron inflamar emocionalmente la vida pública, como las de José Antonio Primo de Rivera o Miguel de Unamuno. En un trabajo anterior, Javier Krauel (2015) ya abordó la actitud de algunos escritores que, como Stefan Zweig, vivieron un horizonte de inestabilidad política, violencia y guerra con el desgarramiento de comprobar que ni la tolerancia ni la conciliación, ni los patrones del parlamentarismo liberal, eran válidos en una Europa devastada por las atroces experiencias del siglo. La razón no era ya la garante de la estabilidad y el orden políticos; así, la vida afectiva y las emociones adquirieron una dimensión fundamental en la política, y lograron movilizar a las masas, dotarlas de esperanza y de fe en valores subjetivos como el carisma. Por tanto, el deber moral republicano se orientó al control emocional a través del uso de la razón, en nombre de una legitimidad y autoridad políticas frente a la fe carismática y puramente emotiva. Este componente no fue bien calibrado por los republicanos liberales en toda su intensidad por su temor a las emociones negativas y amenazadoras de la normalidad democrática a la que aspiraban en medio de un profundo malestar social. Este libro, pues, contribuye a la reflexión en el ámbito de la historia cultural de las emociones contemporáneas a través de una figura de gran brillantez intelectual que, no obstante, no estuvo exenta de cierto empañamiento crítico que impidió a Ayala, y a sus contemporáneos, intuir el alcance del triunfante nacionalsocialismo y el paulatino bloqueo de las emociones cívicas.

En el mirador del exilio, como define Krauel la etapa tras el final de la guerra, asistimos a la gestión de la derrota, una gestión que trasluce el pragmatismo de quien se recompone afectivamente en la experiencia diaspórica ante la evidencia de lo irremediable, de lo

irreversible. El horizonte intelectual de Ayala superaba ya los límites de la cultura nacional lo que lo situó en la perspectiva de un universalismo distante de la melancolía y de la politización de la contienda ante la desolación de un duelo global por la barbarie; a este duelo, paralelo al proceso de desactivación afectiva e ideal, dedica Javier Krauel luminosas y brillantes páginas, muy pegadas a la lectura de *Razón del mundo*. La propuesta del transterrado dialogaba y se cifraba en una comunidad de cultura de base histórica y ética, enraizada en la tradición liberal del individualismo humanista en un periodo creativo de gran fecundidad. El título del ensayo de Francisco Ayala en *Cuadernos Americanos* en 1949, «Para quién escribimos nosotros», determinaba ya ese lugar de enunciación sin un punto fijo, en cierto modo enajenado respecto a la vida previa al exilio.

Es muy significativo que *Razón del mundo* apareciera en la editorial argentina Losada, uno de los sellos transatlánticos que estableció un diálogo cultural más estrecho y plural con la España Peregrina; este dietario acerca de la misión, conciencia y responsabilidad del intelectual demócrata comprometido con la libertad y la aspiración al ejercicio objetivo de una ética, testimonia un presente en disolución, un horizonte nuevo en el que detectar las *tendencias profundas*, un sentido *de la existencia humana* y *una restaurada dignidad del hombre*. El eje de análisis propuesto por Javier Krauel asemeja la transustanciación depurativa de un proceso emocional que se va constituyendo en un necesario diálogo restaurativo alimentado por la razón sociológica, pragmática y objetiva que el autor granadino encontró en la casa de la palabra que fue Losada.

Por último, Krauel contextualiza, a través de los grandes movimientos sociales escenificados en la última década, la irrelevancia a que parece condenada la figura actual del intelectual español en términos de contribución y efecto ante los desafíos contemporáneos; una transformación que incluso se avista como la antesala de la

desaparición de las formas tradicionales de autoridad intelectual y las formas democráticas de cultura, como preconizan Marina Garcés en *Filosofía inacabada* (2015) y Luis Moreno Caballud en *Culturas de cualquiera* (2017). Es en este contexto en el que sitúa el pensamiento de Ayala en una línea biográfica que interpela a nuestro presente y reivindica el legado intelectual del escritor.

Pero Krauel no se alinea con quienes impugnan la relevancia de los intelectuales, anunciando el advenimiento de *nuevos sujetos de pensamiento y acción*, no necesariamente portadores de un conocimiento experto o de la acreditación académica tradicional, sino que aboga por la recuperación de una propuesta intelectual de un protagonista de la modernización política y económica cuyas reflexiones y respuestas sobre la libertad, la justicia y la verdad pueden contribuir al debate actual; un debate en el que la tan traída y llevada Transición democrática ha sido redimensionada en su proyecto nacional como articulador de sensibilidades, identidades y comunidades diversas en un marco sociopolítico y jurídico armonizado en torno a símbolos afectivos como la democracia, la Constitución y la fórmula de consenso autonómico. En definitiva, en la escala constructiva de la subjetividad intelectual de Ayala, Krauel enraíza con la propuesta del sujeto postsoberano de M. Arias Maldonado en *La democracia sentimental* (2016). Frente a la fantasía del individuo autónomo y soberano en sus decisiones, la razón escéptica a que apela Arias Maldonado es el antídoto contra la sentimentalización de la política y la clave para la relación entre el sujeto postsoberano y su relación con la comunidad política. Y en algunos textos ayalianos, Javier Krauel filia esa figuración de la crisis del sujeto volteriano que desatiende el efecto formativo de los afectos y su *afectación* en los individuos.

Como señala Victoria Camps en *El gobierno de las emociones* (2011), estas perfilan nuestra personalidad moral y, lejos de ser

contrarias a la racionalidad, la explican y fundamentan, lo que asienta su necesario gobierno para adquirir una responsabilidad y autoridad morales para el ejercicio legítimo de las virtudes cívicas y el gobierno legal. En esta línea, sin presentistas analogías o fáciles derivaciones, Javier Krauel combate la sobredimensión de la racionalidad en la configuración diacrónica de la figura del intelectual y reclama la necesidad de indagar en las continuidades y discontinuidades en la dimensión afectiva de la vida pública, entendida como un *continuum* en el que los lectores y las lectoras de *Un intelectual en tiempos sombríos. Francisco Ayala, entre la razón y las emociones (1929-1949)*, protagonistas y espectadores también de un tiempo complejo y convulso, sabrán encontrar sutiles correspondencias y, sobre todo, un espacio de reflexión sobre la conciencia y la responsabilidad ciudadanas.

Introducción

En 1944, en un mundo devastado por los horrores de la Segunda Guerra Mundial, Francisco Ayala todavía podía referirse a los intelectuales como «la conciencia del cuerpo social» (*Obras V*: 298) en las páginas de su ensayo *Razón del mundo*, una de las mejores obras de la primera posguerra. La metáfora del intelectual como conciencia del cuerpo social depende de una serie de oposiciones (mente/cuerpo, razón/afectos, lo espiritual/lo material) que, sin duda, tienen un marcado aire de época. Hoy tal vez se nos antojen anticuadas. Pero en 1944, y desde posiciones liberales, todavía era posible pensar al intelectual como representante de la universalidad de la razón (la conciencia) y como guía de un pueblo (el cuerpo social) dominado por las pasiones y los intereses.

Si hoy, en 2022, la metáfora parece haber perdido gran parte de su validez es porque, en cierto modo, llevamos unas cuantas décadas asistiendo a la transformación radical de la figura del intelectual, cuyas raíces se hunden en la cultura ilustrada del siglo XVIII. Y es que ¿cuánta gente apuesta hoy en día por la existencia de ciertas conciencias privilegiadas que puedan guiar, orientar o de algún modo encauzar la discusión pública? Basta con abrir al azar cualquier periódico, sintonizar cualquier emisora de radio o canal de televisión, o conectarse a internet y a una de sus muchas redes sociales para entender que los fragmentos de discurso que por allí circulan esbozan una imagen del espacio público en la cual el intelectual se ha convertido en una presencia residual y, en muchos casos, acomodaticia. Algunos —entre los que por cierto no me encuentro— incluso llegarán a decir: en una presencia superflua.

Son estos tiempos inciertos y difíciles para los intelectuales, en parte porque vemos día a día cómo muchas de las certezas que antaño apuntalaron su figura se desvanecen ante nuestros ojos y en parte porque no resulta fácil imaginar cómo se transformará dicha figura en la nueva realidad digital. Con esta alusión a las nuevas tecnologías de la comunicación, no quiero sugerir una visión apocalíptica de la contemporánea digitalización de la esfera pública. En realidad, internet y las redes sociales no han hecho más que acelerar unos procesos de larga duración que fueron transformando profundamente la figura del intelectual desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El acceso generalizado a la educación, la creciente democratización y mercantilización de la cultura, la mayor capacidad de consumo de amplios sectores de la población, las rebeliones universitarias de los años sesenta, y la creciente complejidad de sociedades cada vez más diversas y multiculturales, son todos ellos factores que conspiraron para disminuir la posición de privilegio de las élites culturales. Es algo que hace unos años Santos Juliá diagnosticó certeramente:

La función del intelectual como minoría selecta y guía de la masa en sociedades semianalfabetas o recién llegadas a la alfabetización universal se ha desvanecido ante el proceso de democratización que transforma al público en actor: hay muchos más intelectuales para unos públicos más diferenciados y mucho mejor equipados profesional e intelectualmente. Este trasiego de posiciones, que ha ocurrido bajo nuestra mirada, compendia bien la disolución del gran intelectual como estrella que brilla en el cielo rodeada de una constelación de estrellitas de diferente brillo pero siempre menores, y su sustitución por el observatorio crítico que como foro o plataforma se asienta en la tierra y al que sube todo aquel que tenga algo que decir, esté dispuesto a debatirlo entre iguales y a movilizarse y salir a la calle para conseguirlo. (*Nosotros* 123)

En España, prosigue Juliá, estas transformaciones implicaron un desplazamiento de la figura predominante de intelectual: si durante el largo periodo de la dictadura franquista prevaleció el intelectual disidente (procedente de la Falange o de la Acción Católica) o resistente (procedente del mundo comunista), a mediados de los años ochenta estas figuras fueron reemplazadas por el modelo del intelectual como gestor cultural, lo que produjo «un notable desplazamiento de quienes habían sido disidentes y opositores al ejercicio de cargos públicos» (*Nosotros* 105). En otras latitudes, el ocaso del modelo del *mâitre à penser* con tintes mesiánicos produjo otras figuras de intelectual. En Francia, por ejemplo, podemos cifrar este desplazamiento en la diferencia existente entre el discurso profético de un intelectual total como Jean-Paul Sartre, que dominó la escena francesa desde mediados de los cuarenta hasta finales de los sesenta, y el modelo de intelectual específico propuesto por Michel Foucault a finales de los años setenta del siglo pasado. En una entrevista de 1980, Foucault dejó dicho que «el intelectual hoy no debe dedicarse a hacer la ley, a proponer soluciones o a profetizar ya que, realizando esa función, solo puede contribuir al funcionamiento de una situación de poder determinada que debe, en mi opinión, ser criticada» (86).¹ Bajo la sencilla naturalidad de estas palabras, podemos detectar una serie de desplazamientos conceptuales asociados con el posestructuralismo y la obra del propio Foucault: desde la sospecha ante los relatos totalizadores y unitarios, con la consiguiente pérdida de prestigio de las utopías, hasta la puesta en crisis de la idea misma de sujeto y el abandono de la visión teleológica de la historia.

1. «Le rôle de l'intellectuel aujourd'hui n'est pas de faire la loi, de proposer des solutions, de prophétiser, car, dans cette fonction, il ne peut que contribuer au fonctionnement d'une situation de pouvoir déterminée qui doit, à mon avis, être critiquée».

En los últimos veinte años, esta crisis de los valores y las prácticas constitutivos de la figura del intelectual moderno se ha acelerado a una velocidad insospechada. En efecto, las tecnologías de comunicación digital han transformado profunda e irreversiblemente la fisonomía de una figura –el intelectual– que había venido desempeñando un papel muy relevante en el debate público desde las postrimerías del siglo XIX hasta al menos los años ochenta del siglo pasado. Si los intelectuales esgrimieron sus conocimientos para luchar contra la ignorancia, hoy vemos cómo la ciencia y el conocimiento de los expertos acaban convertidos por algunos en relatos comparables a los mitos –recordemos la campaña electoral del Brexit en 2016, la presidencia de Donald Trump (2017-2021) o la presencia mediática del negacionismo y los movimientos antivacunas durante la pandemia del COVID-19–. Tampoco las armas tradicionales de los intelectuales –sus ideas y sus opiniones– parecen valer mucho frente a los rumores que circulan por las redes sociales y acaban creando un clima de histeria y confusión colectivas. Todo ello por no hablar de los debates y las argumentaciones complejas, antaño expresadas en periódicos y revistas especializadas, que hoy van perdiendo, día a día, un palmo más de terreno ante las emociones, las soluciones mágicas y las posverdades que saturan una industria cultural de masas todopoderosa, concentrada en torno a un puñado de grupos mediáticos.²

2. Por poner solo un ejemplo del primer exilio, recuérdese la polémica sostenida en 1947 por Ayala con Claudio Sánchez-Albornoz en las páginas de *Realidad* acerca de la decadencia del Imperio Habsburgo, y compárese el dispositivo discursivo del debate con los que hoy nos ofrecen los medios de comunicación masivos (*Obras V*: 411-19). Para un análisis contemporáneo de la posverdad, véase Ibáñez Fanés.

Más allá de las transformaciones impulsadas por la llegada de internet a nuestro debate público, Juliá identificaba la creciente democratización de nuestra sociedad como una variable fundamental para entender la disolución del «gran intelectual». En la medida en que el nivel cultural medio de la población aumentaba y aparecía gente con mayor preparación intelectual, la figura del *maître à penser* iba perdiendo sentido. Frente al gran intelectual que proponía diagnósticos y soluciones a los temas más diversos, pontificando desde la tribuna de un periódico prestigioso, llevamos unos años asistiendo a la organización de la gente en movimientos sociales que reclaman en la calle cambios políticos, económicos y culturales. Pondré tres ejemplos conocidos por todos: las multitudinarias manifestaciones que vienen ocurriendo en Cataluña en favor de la causa independentista desde 2010; la movilización feminista contra la violencia machista y la desigualdad de género que se viene sintiendo con fuerza cada 8 de marzo en las calles de España y de muchos otros lugares; y, más recientemente, las espectaculares concentraciones contra la injusticia racial y el racismo institucionalizado promovidas por Black Lives Matter, que se originaron en Estados Unidos y se extendieron por todo el mundo en respuesta al asesinato de George Floyd en una calle de Minneapolis el 25 de mayo de 2020. Cuando la gente se auto-organiza, debate entre ella las cuestiones que son relevantes para su vida, y sale a la calle para conseguir sus objetivos, ¿qué margen de actuación les queda a las élites intelectuales y qué tipo de contribución pueden hacer al debate público?

Según el reciente diagnóstico de Ignacio Sánchez-Cuenca en *La desfachatez intelectual*, las contribuciones que han hecho los intelectuales españoles de mayor visibilidad social y mediática (Félix de Azúa, Javier Cercas, Luis Garicano, Jon Juaristi, César Molinas, Antonio Muñoz Molina y Fernando Savater) han sido más bien irrelevantes. Empleando un estilo rotundo y prepotente, habrían

ejercido la opinión irresponsablemente y no habrían estado a la altura de los desafíos de los últimos años (terrorismo, nacionalismo catalán, crisis económica). Más que elevar el tono y el contenido del debate público, estos intelectuales señeros lo habrían rebajado y lo habrían llenado de opiniones poco fundamentadas. De hecho, Sánchez-Cuenca detecta en el debate público «un exceso de opinionismo» porque «los autores no conocen suficientemente la materia de la que hablan y pasan por alto las pocas cosas que se saben con cierta seguridad en asuntos económicos y políticos» (170). Aunque el diagnóstico de Sánchez-Cuenca es ciertamente demoledor, el autor todavía reserva un papel orientador a los intelectuales siempre que lo ejerzan de manera responsable; es decir, siempre que emitan criterios fundamentados, relevantes y abiertos a la crítica.

¿Dónde están los intelectuales?

Más allá de los vicios coyunturales que puedan aquejar a nuestra conversación pública, hay otro factor de orden estructural que puede ayudar a entender el ocaso de los grandes intelectuales. Me refiero a la caída del Muro de Berlín en 1989, que abrió un periodo en el cual el intelectual crítico empezó a transformarse en una figura menguante encaminada a una creciente irrelevancia. Tal vez por eso, hace unos años, el historiador italiano Enzo Traverso publicó un libro titulado *¿Qué fue de los intelectuales?* Su respuesta incidía en la aparente incapacidad del intelectual contemporáneo para inventar utopías, para construir un nuevo imaginario:

El silencio de los intelectuales críticos probablemente se deba a la interiorización de una derrota [la del comunismo como gran

utopía del siglo XX en 1989]. Es lo que viven muchas personas de mi generación. En 1975 habíamos marchado contra la guerra de Vietnam, y descubrimos cuatro años más tarde el genocidio de los Jemeres Rojos, en el momento en que una nueva revolución conservadora se afirmaba en el mundo anglosajón con Margaret Thatcher y Ronald Reagan... Todo esto no podía carecer de consecuencias. (62-63)

Si la hegemonía neoliberal se afianzó con la derrota histórica del comunismo, hoy estamos asistiendo a la mutación populista de esa hegemonía, acelerada por una transformación sin precedentes del espacio público democrático, cuyos parámetros y reglas de juego están siendo alterados por las nuevas tecnologías de la comunicación. Hay incontables ejemplos de esta mutación, y cualquier lector mínimamente atento a la realidad podrá aportar los suyos. Tal vez entre todos destaque, por sus implicaciones globales, el discurso hostil a la verdad, al racionalismo y al conocimiento científico que aupó a Donald J. Trump a la presidencia de los Estados Unidos en enero de 2017. Las decisiones políticas de Trump trasladaron ese discurso a la realidad, lo que llevó a un comentarista a observar que «los estadounidenses han llegado a un punto en que la ignorancia, especialmente en lo que atañe a las políticas públicas, se ha convertido en virtud» (Nichols X).³ Se ha ido diseñando entonces un espacio público en el cual hay cada vez menos lugar para la producción de pensamiento crítico y en el cual, como contrapartida, surgen nuevos actores sociales –desde expertos y técnicos cercanos al poder hasta los llamados *influencers*, pasando por figuras mediáticas de distinto pelaje– investidos de la relevancia

3. «Americans have reached a point where ignorance, especially of anything related to public policy, is an actual virtue».

pública y el prestigio antaño reservados a los intelectuales.⁴ En esta esfera pública digitalizada, las razones o visiones del mundo articuladas por medio de la palabra de los intelectuales cada día cuentan menos. Y no solo porque la individualidad del intelectual está perdiendo peso frente a la energía colectiva de los movimientos sociales, sino también porque la palabra misma está cediendo ante la fuerza arrolladora de una serie de imágenes que evocan pasiones, soluciones mágicas y posverdades. En las democracias mismas surgen entonces unas poderosas tendencias antiliberales que configuran un orden político tendencialmente tiránico, alguno de cuyos aspectos resuena poderosamente con los regímenes fascistas de los años veinte y treinta del siglo pasado. Dice Timothy Snyder:

Los fascistas menospreciaban las pequeñas verdades de la vida cotidiana, adoraban los eslóganes que evocaban una nueva religión y preferían los mitos creativos a la historia o al periodismo. Utilizaron los nuevos medios como la radio para crear una insistente propaganda que excitaba las pasiones antes de que la gente pudiera contrastar los hechos. Y ahora, como antes, mucha gente está confundiendo la fe en un líder con muchísimos defectos con

4. Que los intelectuales son cada vez menos escuchados por el poder político también se hizo patente en una noticia que llegó de Australia en el verano de 2018 y que habría arrancado una sonrisa al Ayala de *El jardín de las delicias*. Para promover una campaña de salud dirigida a las jóvenes australianas (*#girlsmake-yourmove*), el Ministerio de Sanidad de aquel país primero decidió utilizar los servicios de *influencers* en las redes sociales y, al cabo de unos meses, suspendió tal decisión porque una investigación periodística había revelado que dichas *influencers* promovían también, en las mismas redes sociales, los valores contrarios a los defendidos en la campaña de salud. Es decir, las *influencers* predicaban los beneficios del ejercicio y de una dieta equilibrada en Instagram y, a la vez, exhibían en la misma red social una vida rutilante, absolutamente sedentaria, y llena de excesos. Véase «Federal Health Minister».

la verdad acerca del mundo que todos compartimos. La posverdad es el prefascismo. (71)⁵

¿Qué hacer ante la ignorancia desvergonzada, el arcaico régimen de opinión de las tertulias, las burbujas informativas de las redes sociales, las emociones desbocadas, y la proliferación de posverdades y soluciones mágicas? ¿Todavía tiene sentido aspirar al conocimiento y la sabiduría, la coherencia y el estudio, la racionalidad y las argumentaciones complejas? Y suponiendo que esos valores estén todavía vigentes para algunos –para muchos, desde luego, no lo están–, ¿quién podría representarlos y esgrimirlos? ¿Qué sujetos podrían pensar y vivir de acuerdo con ellos?

En una época no demasiado lejana, alguien podría haber contestado la pregunta diciendo: el intelectual. Tal como hemos visto, en 1944, el mismo Ayala, con todas las prevenciones que llegó a expresar respecto de la función de los intelectuales en la sociedad, no lo dudó y dejó dicho que el intelectual era una suerte de conciencia del cuerpo social. ¿Es todavía posible decirlo hoy en día? ¿Quién hoy se atreve a decir que los mejores representantes de esos valores y de esas prácticas son los intelectuales? Y si muchos factores parecen indicar que la era de los intelectuales está tocando a su fin, o incluso está para algunos clausurada, ¿qué puede ofrecernos hoy en día un libro dedicado a entender mejor la actividad de Francisco Ayala en tanto intelectual? ¿Tiene sentido mirar hacia atrás, hacia la obra de un escritor que tuvo una experiencia del mundo muy diferente de la nuestra?

5. «Fascists despised the small truths of daily existence, loved slogans that resonated like a new religion, and preferred creative myths to history or journalism. They used the new media, which at the time was radio, to create a drumbeat of propaganda that aroused the feelings before people had time to ascertain facts. And now, as then, many people confused faith in a hugely flawed leader with the truth about the world we all share. Post-truth is pre-fascism».